

Del tianguis prehispánico al tianguis colonial: Lugar de intercambio y predicación (siglo XVI)

PASCALE VILLEGAS

En el México prehispánico, el mercado o tianguis era el centro irradiador de comunicación y trueque. Al momento de la Conquista y durante todo el primer siglo de la Colonia los testimonios españoles fluyen e inmortalizan la grandeza, la muchedumbre, los productos y la importancia que tenía el tianguis para los indígenas. La Iglesia, por su parte, no pasó por alto la ventaja de tener reunidas a tantas personas; de modo que plantó y estableció la catedral junto al mercado (como en Europa) y reemplazó las reliquias prehispánicas erguidas en el momoxtli del tianguis por un predicador.

El tianguis en el centro de México en la época prehispánica es un tema recurrente en las investigaciones contemporáneas, ya que todos los cronistas se refieren a aquella plaza dedicada a los intercambios ofreciendo al investigador una paleta de información con la que pueda trabajar. Pero, además de “contratar”, el tianguis era un lugar donde se realizaban rituales y puniciones tal como sucederá durante la época colonial, sugiriendo analogías entre ambas épocas respecto a esa plaza.

Una de las constantes en los escritos de los primeros conquistadores que visitaron México-Tenochtitlan guiados por Moctecuzoma y los suyos, fue la admiración que sintieron cuando a la vuelta de una de las calzadas toparon con la gran plaza del mercado de Tlatelolco. Cortés y el Conquistador Anónimo, dos de los testigos oculares, no esconden en sus escritos su estupefacción, se quedaron boquiabiertos ante el número incalculable de personas reunidas. Los primeros testigos oculares avanzan la cifra de entre 40 000 y 60 000 personas (Cortés, *Cartas de Relación*, Segunda Carta: 63).

Para esos primeros testigos, la plaza de Salamanca era dos a tres veces más chica que la de Tlatelolco. Precisemos que en el siglo XVI, Salamanca era la segunda ciudad más poblada de España con una cifra demográfica estimada de 20 000 personas, debido sobre todo al prestigio de las universidades y al apoyo de los Reyes Católicos que dieron a la ciudad la autorización de celebrar las ferias en

1467. En 1497, Don Juan, uno de los hijos de los Reyes y gobernador de la ciudad ordenó que todas las ciudades estuvieran pavimentadas, lo que denota una efervescencia tanto intelectual como comercial que será destronada por Tlatelolco. En el caso de Cortés, se puede confiar en él ya que vivió casi cinco años en Salamanca.

La cantidad de personas está lejos de ser la única sorpresa, los españoles quedaron fascinados de ver tan bien arregladas todas las innumerables mercancías, la mayoría desconocidas por ellos. Los litigios entre vendedores y compradores estaban resueltos inmediatamente por jueces y vigilantes que pasaban entre las filas para asegurarse que todo iba bien:

Hay en esta gran plaza una gran casa como de audiencia, donde están siempre sentadas diez o doce personas, que son jueces y libran todos los casos y cosas en el dicho mercado acaecen, y mandan castigar los delinquentes. Hay en la dicha plaza otras personas que andan continuo entre la gente, mirando lo que se vende y las medidas con que se miden lo que venden, y se ha visto quebrar alguna que estaba falsa (*op. cit.*: 64).

Si se sorprendía a una persona en el acto de robar o de hacer trampas con la venta de sus productos, se la detenía al instante, la condenación dependía del delito, pero la muerte inmediata era el castigo más probable. El condenado subía entonces en una estrada edificada en el centro de la



Figura 1. Momoxtli rodeado por comerciantes (Durán, 1984).

plaza y lo ejecutaban con un golpe de macana en la cabeza o bien linchado. Esta estructura redonda, según Durán, se llamaba *momoxtli* o *mumuztli* (figura 1), lo que según el diccionario de Molina, tiene dos significados: “calvarios-humilladero”, sirviendo probablemente para castigar en público los delitos cometidos y “altar de los ídolos” (Molina, *Vocabulario en lengua castellana y mexicana*: 61v) sobre el cual estaba una estatua a la que se ofrecía comida durante los días de mercado: “en el momoxtli donde estaba el ídolo del tianguiz ofrecían mazorcas de maíz, ají, tomates, fruta y otras legumbres y semillas y pan; en fin, de todo lo que se vendía en el tianguiz” (Durán, *Historia de las Indias de la Nueva España*, t. 1: 179). Veremos más adelante que los sacerdotes españoles se servirán de esta estructura para predicar.

Según Durán, en la época prehispánica el mercado era el único lugar donde se podía intercambiar cualquier tipo de mercancías a través de un sistema de trueque bien establecido. Cualquier persona sorprendida en vender o comprar fuera del espacio sagrado del tianguis estaba condenada a muerte al instante. De ahí la pregunta siguiente:

¿idealización de la sociedad prehispánica o datos verídicos por parte del dominico? El hecho es que durante la segunda mitad del siglo XVI, las Ordenanzas insistían en el hecho de no vender en casa de los particulares, sino en las plazas de mercado previstas para este efecto. Por ejemplo, las Ordenanzas de 1569 estipulan: “por la presente, mando que ningún español, mestizos ni mulatos sea osada en toda esta Nueva España de comprar maíz de los indios en sus casas ni en otras partes si no fuere rescatándolo en los tianguiz públicos” (AGN, “A ningún español mestizo, ni mulato vaya a comprar el maíz ...”, *Ordenanzas*).

La gran plaza de Tlatelolco será el último bastión azteca en caer entre las manos del conquistador Pedro de Alvarado, ya que los españoles sabían que una vez controlada la plaza del mercado: “era toda la ciudad casi tomada, y toda su fuerza y esperanza de los indios tenían allí” (Cortés, Tercera Carta: 142).

Después de la caída de Tenochtitlan, Cortés pidió la construcción de la nueva ciudad e insistió en que se hiciera sobre las ruinas de la capital azteca por razones evidentes de supremacía. Otros que-

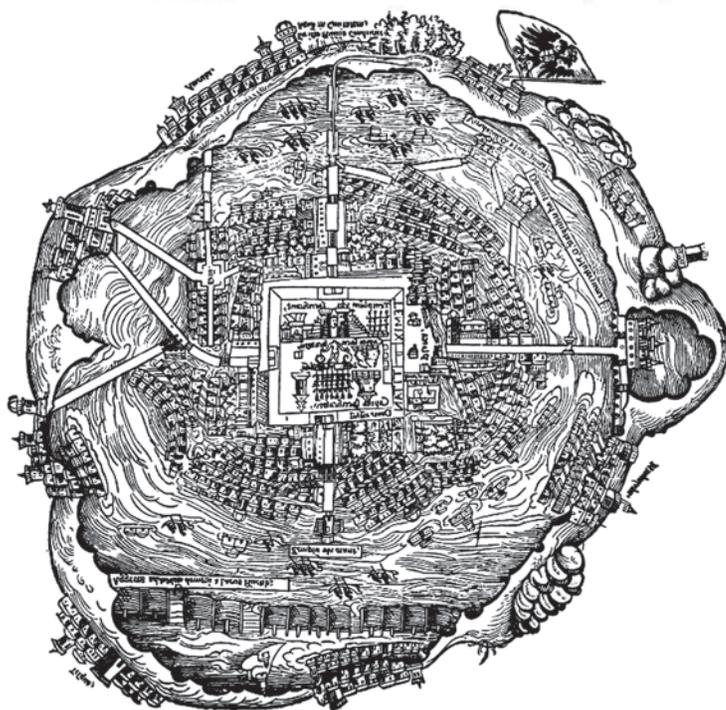
daron más escépticos con esa decisión que podía poner en serio peligro la vida de los españoles que vivirían allí rodeados por los barrios indígenas. El contador Rodrigo de Albornoz pidió a través de una carta dirigida a Carlos V en 1525 la instalación de la nueva ciudad en tierra firme:

A muchos de los que en la perpetuidad desta tierra hablan, muy Católico Señor, les parece que esta ciudad se debía mudar de este sitio donde está dentro de esta laguna, y pasarla a tierra firme, dos leguas de aquí, justo en esta misma laguna, que es un lugar que se llama Coyoacan o en Tezcoco, que también está junto al agua y en tierra firme (“Carta del contador Rodrigo de Albornoz al emperador, 15 de diciembre de 1525”, en García Icazbalceta, 1980: 506).

Petición que nunca fue tenida en cuenta. Alonso García Bravo será el arquitecto encargado de llevar a cabo esa nueva tarea de construcción de la nueva ciudad de México. A partir de entonces, sobre el antiguo recinto ceremonial mexica, está la

ciudad habitada únicamente por españoles, más conocida bajo el nombre de “la traza”. Consideraba, en aquella época, lo que sería las cinco primeras cuadras del actual México. Así como lo eran las ciudades españolas y mozárabes, en el corazón de la traza se encontraba el centro administrativo, comercial y religioso de la Colonia. La plaza de armas recibía el mercado cotidiano. Rápidamente el tianguis de México se convirtió en el centro comercial más grande de la Nueva España y destronó al de Tlatelolco, el cual quedó fuera de la traza.

Los cronistas del siglo XVI nunca omitieron el tianguis y al igual que lo hizo Cortés antes de la caída de Tenochtitlan, enumeraban las mercancías y seguían impresionados por el número de personas que se daban cita cada día para vender y comprar. Aunque el mercado se encontraba al interior de la ciudad española, se podía ver tanto a indígenas, mestizos, mulatos, como negros y españoles frecuentarse día tras día. Los vendedores eran principalmente indígenas que vendían sobre



Mapa 1. Mapa de México en 1524 (Cortés, 1998).

todo productos de primera necesidad tales como frutas, verduras, huevos, carne, animales, algodón, plantas que instalaban sobre petates u hojas de magüey. Los productos de importación, demasiado caros, se vendían más bien en las tiendas especializadas adyacentes a la plaza, o bien debajo de los portales de los comerciantes, que todavía hoy se puede ver.

En su *México en 1554*, Cervantes de Salazar nos hace una visita guiada de la ciudad por medio de sus personajes:

Zuazo: Desde esta calle que, como ves, atraviesa la de Tacuba, ocupan ambas aceras, hasta la plaza, toda clase de artesanos y menestrales, como son carpinteros, herreros, cerrajeros, zapateros, tejedores, barberos, panaderos, pintores, cinceladores, sastres, borciguineros, armeros, veleros, ballesteros, espaderos, bizcocheros, pulperos, torneros, etc, sin que sea a mitido hombre alguno de otra condición u oficio” (Cervantes de Salazar, 1985: 42).

Este estilo de construcción bajo la cual se sucedían las tiendas existía ya en la época prehispánica ya que según el testimonio de los ya citados conquistadores, en Tlatelolco la plaza estaba: “toda cercada de portales alrededor” (Cortés, 1994: 63). Las ciudades importantes de la Nueva España como Tlaxcala, Puebla, Oaxaca las tendrán alrededor de la plaza central. Se puede entonces concluir que hubo una continuidad arquitectónica en cuanto a la utilización y la localización de los portales prehispánicos y coloniales.

En noviembre de 1521 Zuazo, quien visita la capital mexicana recientemente conquistada, especificó que el mercado empezaba un poco antes del amanecer y duraba hasta tarde (Zuazo, 2000: 184), práctica prehispánica si nos apegamos al *Códice Ramírez* que precisa que un hombre llamado “semanero” estaba encargado en poner fin a la jornada laboral con un tambor a la puesta del sol. Al llegar el amanecer, el instrumento volvía a escucharse para reanudar las actividades cotidianas:

...todos los días a la hora que se pone el sol tañía un gran atambor, haziendo señal con él, como nosotros

usamos tañer a la oración. Era tan grande este atambor que su sonido ronco se oía por toda la ciudad, y en oyéndolo se ponían todos en tanto silencio que parecía no haber hombre, desbaratándose los mercados, recogíendose la gente, con que quedaba todo en gran quietud y sosiego. Al alba, cuando ya amanecía le tornaban a tocar con que daban señal que amanecía (*Códice Ramírez*, 1987: 119).

El tambor del que hace referencia debió de ser un *panhuehuatl*, de forma vertical con un sonido más grave que el *teponaztli*, horizontal y utilizado más bien durante las ceremonias.

El gran mercado de México no era el único de la ciudad. En los primeros años de la Colonia, la traza de los españoles estaba rodeada por los barrios indígenas más conocidos en el momento de la construcción de la ciudad: San Sebastián Atzacualco al Noreste, San Pablo Teopan al Sureste, San Juan Moyotla al Suroeste y Santa María Tlaquechiucan al Noroeste; Santiago Tlatelolco al norte era uno de los barrios más alejado de la traza.

En 1554, hay tres mercados indígenas importantes: el de San Juan, de San Hipólito y de Santiago. Los vendedores se protegían del frío untándose el cuerpo con un unguento negro llamado “ochitl” (Cervantes de Salazar, 1985: 53), hecho, según Molina, de trementina (Molina, 1992: 78v), costumbre seguramente prehispánica.

Según el testimonio de los dos guías que hacen visitar la ciudad a Alfaro en el *México en 1554* de Cervantes, en el mercado de San Juan, por ejemplo, eran los indígenas los mayoritarios para vender y comprar sus productos locales: frijol, maíz, jitomate, aguacate, chile y plantas medicinales.

Ya que los principales cronistas se extienden a lo largo del siglo XVI, se puede observar un cambio progresivo del mercado puramente indígena dominado por productos autóctonos y aquel en que se venden tantos artículos mesoamericanos como españoles. Así, los cronistas que siguen la primera década después de la caída de Tenochtitlan enumeran mercancías mesoamericanas sin conocer su nombre. Cortés y Zuazo, por ejemplo, mencionan cebolla, ajo, cerezas, manzanas y uvas, productos

Europeos que seguramente se parecían a lo que conocían. Hoy se pone en tela de juicio la presencia de esos productos europeos en los *tianguis*, ya que estamos a penas entre octubre de 1520 y noviembre de 1521, la ciudad mexicana acaba de periclitarse. El Conquistador Anónimo, otro de los primeros testigos oculares, confirma que hay frutas y verduras pero no las enumera.

Conforme hay más cronistas, la lista se alarga y se precisa. Las referencias en una lengua nahuatl hispanizada aparecen: maxtla, cacao, metl, comale, atolli. Ya para la segunda mitad del siglo XVI, las frutas y verduras se enumeran con más seguridad. En su *México en 1554*, el autor pone en la boca de su personaje el nombre de los productos del mercado de San Juan:

Alfaro: [...] ¿Pero qué es lo que venden esos indios e indias que están ahí sentados? Porque las más parecen a la vista cosas de poco precio y calidad.

Zuazo: Son frutos de la tierra: ají, frijoles, aguacates, guayabas, mameyes, zapotes, camotes, jícamas, cacomites, mezquites, tunas, gilotes, xocotes y otras producciones de esta clase (Cervantes de Salazar, 1985: 52-53).

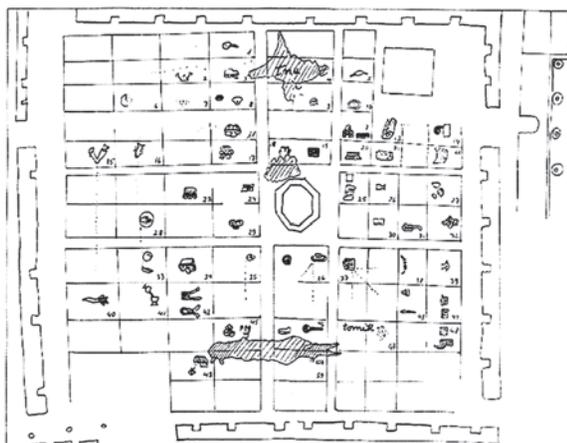
En Sahagún se vuelve a encontrarlos agregando el jitomate y las pepitas de calabaza que los indígenas gustaban asar y recubrir de sal, y toda una

serie de comida preparada y servida en cada esquina, como el tamal, el atole, el pescado asado, las carnes cocinadas, costumbre que transgredió el tiempo a pesar de la interdicción de 1585 de vender frutas y atole en las esquinas (AGN, “Para que no haya vender demás de fruta ni atole en los cantones”, *Ordenanzas*).

Al igual que en la época prehispánica, el mercado colonial quiere guardar cierto orden, así cada mercancía estaba ubicada en un lugar preciso, como se ve en el mapa del mercado de la Colección Goupil-Aubin, en el que se puede apreciar la introducción de artículos españoles como la guitarra (mapa 2). Hacia la segunda mitad del siglo XVI, se ordenó la construcción de cajones de madera en los que se vendían la carne, los huevos y las frutas, sin embargo, los indígenas se mantenían en instalar sus productos sobre petates junto a los cajones.

Corazón de la economía, la plaza del mercado era el lugar donde se podían informar de las últimas leyes puestas en vigor, ya que el pueblo estaba mantenido al tanto de las nuevas ordenanzas a través del pregón público.

Entre paréntesis, mientras la localización del mercado de Tlatelolco no está puesta en tela de juicio, la existencia de un mercado opulento en Tenochtitlan en la época mexicana es difícil de confirmar. En efecto, en los primeros años, ningún



Mapa 2. Mercado de México, siglo XVI (De Durand Forest, 1971).

cronista: ni el Conquistador Anónimo, ni Zuazo, ni Martyr Anglería lo mencionan. Con el testimonio de Cortés aparece la duda, ya que cuando describe a Tenochtitlan que compara a la Granada mozarabe, evoca el tianguis (Cortés, 1994: 41). Más adelante escribe que en toda la ciudad había en permanencia mercados pero que el más importante era el de la gran plaza rodeada de portales y dos veces más grande que Salamanca, sin duda Tlatelolco: “Tiene esta ciudad muchas plazas, donde hay continuo mercado y trato de comprar y vender. Tiene otra plaza tan grande como dos veces la ciudad de Salamanca, toda cercada de portales alrededor” (Cortés, 1994: 63).

Más tarde, es López de Gómara quien asegura que existían en época prehispánica dos grandes mercados: el de Tlatelolco y el de México, tan importante el uno como el otro: “Cada barrio y parroquia tiene su plaza para contratar el mercado. Mas México y Tlatelulco, que son los mayores, las tienen grandísima” (López de Gómara, 1988: 114). A finales del siglo XVI, Torquemada sólo hace mención al mercado de Tlatelolco. Así que si hubiera habido un tianguis en Tenochtitlan tan importante como el de su ciudad gemela, ¿dónde estaba exactamente ubicado? ¿Era tan profuso como el de Tlatelolco?

Al igual que las ferias en las ciudades europeas y mozarabes, el tianguis azteca se situaba no muy lejos de los templos religiosos. Existen varias referencias de fiestas religiosas aztecas celebradas en la plaza del mercado. La de la fiesta dedicada a Toci, Nuestra Abuela, era quizás una de las más simbólicas ya que la futura víctima venía a vender en la plaza sus últimos tejidos antes de ser decapitada. La plaza era un lugar de culto, un lugar sagrado donde el comercio y la religión estaban íntimamente ligados, lo que facilitará la tarea de los sacerdotes españoles en su proceso de evangelización.

En 1524, cuando el grupo de los 12 franciscanos llega en Nueva España, tenían la “formidable” tarea de cristianizar y de civilizar a los nativos. Ante la urgencia de terminar con la idolatría, se pone en marcha toda una estrategia para evangelizar más rápido a los indígenas.

La plaza del mercado parecía un lugar indicado para los religiosos porque tenían en un mismo día un número incalculable de personas reunidas aptas para escuchar el catequismo y vagar a sus ocupaciones de vender y de comprar. De hecho, Durán criticaba esa forma que tenían de ir al tianguis pues lo percibía más como un placer entre los indígenas, los cuales preferían ir allí que oír misa, un vicio para el dominico:

Y no me negarán que esto no sea vicio, porque superstición ya no es de creer, porque, en fin, son cristianos y conocen a Dios, pero por vicio, como digo, van allí muchos y muchas que no hacen otra cosa sino pasearse y andarse mirando, la boca abierta, de un cabo para otro, con el mayor contento del mundo” (Durán, 1984, t.1: 178).

Existe una imagen que mostraría que los sacerdotes habrían aprovechado de este espacio para predicar la nueva religión. La escena ocurre en 1524 en el tianguis de Tlaxcala, los 12 franciscanos acaban de desembarcar en San Juan Ulúa, se dirigen hacia México y hacen una parada previa en la ciudad aliada de los españoles. Se ve al franciscano Martín Valencia sobre un momoxtli, la estatua del dios erigido desapareció para dejar paso al predicador (figura 2). Los indígenas en su vestimenta tradicional y sus mercancías están sentados y parecen prestar atención. Si seguimos el testimonio de Mendieta, Martín de Valencia habría dirigido un discurso a los tlaxcaltecas, durante el cual y mediante gestos, les habría hablado del verdadero dios:

Pasando estos siervos de Dios por Tlaxcala, detuviéronse allí algún día por descansar algo del camino y por ver aquella ciudad que tanta fama tenía de populosa, y aguardaron al día del mercado, cuando la mayor parte de la gente de aquella provincia se suele juntar, acudiendo a la provisión de sus familias, Y maravillándose de ver tanta multitud de animas cuanta en su vida jamás habían visto así junta. Alabaron a Dios con grandísimo gozo ver la copiosísima mies que les ponía por delante. Y ya que no les podían hablar por falta de su lengua, por señas



Figura 2. Fray Martín de Valencia sobre el momoxtli de Tlaxcala
(Muñoz Camargo, publicado por Acuña, 1981).

(como mudos) les iban señalando el cielo, queriéndoles dar a entender que ellos venían a enseñarles los tesoros y grandezas que allá en los alto había (Mendieta, 1997: 352).

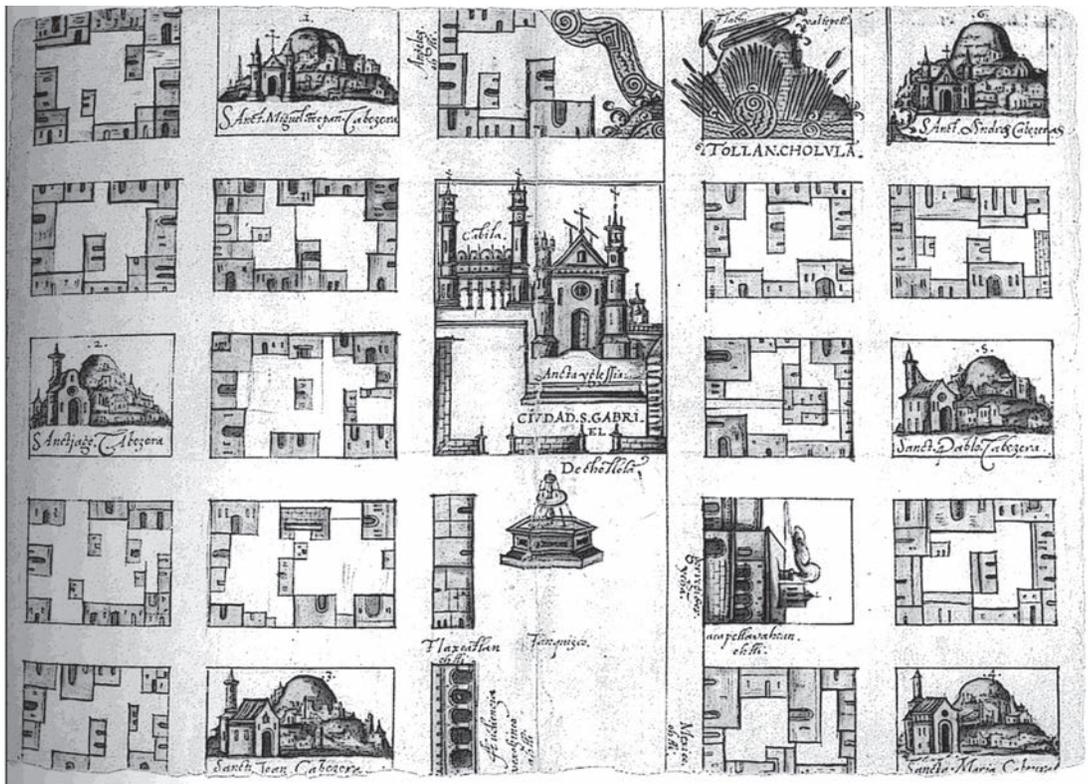
En los primeros años de la Colonia, el idioma era una barrera para ambas partes. Los sacerdotes dieron prioridad a la educación de los niños de los caciques, quienes aprendían con gran facilidad. Los unos enseñaban la verdadera religión, los otros su lengua, sus costumbres y todos los secretos de la idolatría. Rápidamente esos niños servirían de intérpretes, de profesores y de delatores.

Curiosamente, esta imagen es hasta ahora la única que ilustra la predicación de los padres en los mercados puesto que salvo Muñoz Camargo (en *Relaciones Geográficas de Tlaxcala*, 1984: 208), ningún otro cronista hace referencia explícita, demasiado evidente o bien una práctica de los primeros años de la Colonia. En 1524 estamos ape-

nas en un proceso de construcción de las ciudades indígenas sobre el modelo europeo, ninguna iglesia está todavía erigida. En México, según Motolinía, las misas para los españoles se celebraban en los antiguos palacios aztecas todavía en pie:

En el primer año que a esta tierra allegaron los frailes, los indios de México y Tlatelulco se comenzaron de ayuntar, los de un barrio y feligresía un día, y los de otro barrio otro día, y allí los iban los frailes a enseñar y bautizar los niños; y dende a poco tiempo los domingos y fiestas se ayuntaban todos, cada barrio en su cabecera, adonde tenían sus salas antiguas, porque iglesia aún no la había, y los españoles tuvieron también, obra de tres años, sus misas y sermones en una sala de éstas que servían por iglesia, y ahora es allí en misma sala la casa de la moneda (Motolinía, 2001:109).

Niños de Dios y sin embargo, españoles e indígenas no compartían los mismos lugares de culto.



Mapa 3. Cholula en las *Relaciones Geográficas*, 1581.

En las ciudades españolas de la Nueva España, el mercado se localizaba cerca de las iglesias o de las catedrales, generalmente frente al atrio y alrededor de una fuente, como se puede ver en el caso de México, de Tlatelolco (Mapa de Santa Cruz) o de Cholula (mapa 3).

Los sacerdotes estaban cerca del pueblo para una mejor escucha y sobre todo una mejor vigilancia, al igual que lo hacían en Europa. Lugar de intercambio y de predicación, la gran plaza del mercado colonial era también un lugar punitivo: se condenaba en público, se castigaba, se ejecutaba, se hacían actos de fe. Finalmente, lugar de ceremonias solemnes con las grandes procesiones, y de diversión, se organizaban farsas, juegos, corridas y carreras de caballos. El día de la San Hipólito, el 13 de agosto, se celebraba en grande la derrota azteca.

Por consecuencia, los tianguis prehispánico y colonial presentan varias similitudes: se hacían con-

trataciones, se predicaba, se castigaba y se celebraba. En el caso específico del mercado y de los intercambios comerciales, el proceso transcultural se hizo de forma más pacífica que en otros campos.

La transposición de un sistema económico prehispánico a un sistema colonial se realizó a lo largo del siglo XVI, y aunque se intentó instaurar nuevas leyes para un mejor control de las actividades comerciales y de imponer un nuevo sistema monetario, algunas costumbres sobrevivieron el tiempo.

Lugar de intercambio por excelencia, la plaza central de las ciudades novohispanas será el centro de donde irradie la comunicación, estableciendo a la vez relaciones públicas, económicas, políticas y religiosas. La congregación de un gran número de personas de toda profesión y a veces de todas clases sociales confundidas permitirá evidentemente los intercambios comerciales pero más que todo volverá posible los intercambios culturales.

Bibliografía

Archivo General de la Nación

“A ningún español mestizo, ni mulato vaya a comprar el maíz a la casa de los indios” (31 de agosto 1569), *Ordenanzas*, vol.1, f. 36-36v.

“Para que no haya vender demás de fruta ni atole en los cantones (esquina) sino que lo vendan en la plaza” (1585), *Ordenanzas*, vol.1, f. 91-91v.

Cervantes de Salazar, Francisco

1985 *México en 1554 y Tímulo Imperial*, 6ª ed., edición, prólogo y notas de E. O’Gorman, México, Porrúa (Sepan Cuántos).

Códice Ramírez

1987 *Relación del origen de los Indios que habitan esta Nueva España según sus historias*, en Alvarado Tezozomoc, *Crónica Mexicana*, 4ª ed., anotación de M. Orozco y Berra, México, Porrúa.

Conquistador Anónimo

1980 *Relación de algunas cosas de la Nueva España y de la gran ciudad de Temestitlan Mexico*, en *Colección de documentos para la historia de Mexico*, 2ª ed., publicada por Joaquín García Icazbalceta, México, Porrúa, 2 vols., tomo 1.

Cortés, Hernán

1994 *Cartas de Relación*, 18ª ed. Nota preliminar de M. Alcalá, México, Porrúa (Sepan Cuántos).

Durán, fray Diego

1984 *Historia de las Indias de Nueva España e islas de la Tierra Firme*, 2ª ed., la prepara y da a luz A. Ma. Garibay K., México, Porrúa, 2 vols.

García Icazbalceta, Joaquín

1980 *Colección de documentos para la historia de Mexico*, 2ª ed., publicada por Joaquín García Icazbalceta, México, Porrúa, 2 vols.

López de Gómara, Francisco

1988 *Historia de la conquista de México*, 1ª ed. Estudio preliminar de J. Miralles Ostos, México, Porrúa (Sepan Cuántos).

Mártir de Angleria, Pedro

1965 *Décadas del Nuevo Mundo*, 1ª ed. Estudio y Apéndices por E. O’Gorman. Traducción del latín por A. Millares Carlo, México, Porrúa, 2 vols.

Mendieta, fray Gerónimo de

1997 *Historia eclesiástica indiana*. Noticias del autor y de la obra por J. García Icazbalceta. Estudio preliminar por A. Rubial García, México, Conaculta (Cien de México), 2 vols.

Molina, fray Alonso de

1992 *Vocabulario en lengua castellana y mexicana y mexicana y castellana*, 3ª ed. Estudio preliminar de M. León Portilla, México, Porrúa.

Motolinía, fray Toribio de

2001 *Historia de los Indios de la Nueva España*, 7ª ed. Estudio crítico, apéndices, notas e índices de E. O’Gorman, México, Porrúa (Sepan Cuántos).

Relaciones Geográficas del siglo XVI: Tlaxcala

1984 René Acuña (ed.), México, UNAM, tomo 1.

Sahagun, fray Bernardino de

1981 *Historia general de la cosas de la Nueva España*, 4ª ed. Numeración, anotaciones y apéndices por A. Ma Garibay K., México, Porrúa, 4 tomos.

Torquemada, Juan de

1969 *Monarquía Indiana*, 4ª ed. Prólogo por M. León Portilla, México, Porrúa.

Zuazo, Alonso de

2000 *Cartas y Memorias (1511-1539)*, prólogo, edición y notas por Rodrigo Martínez Baracs, México, Conaculta (Cien de México).